

CAMPO DEI FIORI

“El tiempo es el padre de la verdad
y la madre de nuestro pensamiento”
(Giordano Bruno)

El vago azar o las profundas leyes que rigen el inescrutable universo, hizo que entre los miles y miles de libros que estaban expuestos para la venta en la “29 Feria Internacional del Libro” en Buenos Aires el 1 de mayo 2003, yo me decidiera por uno en particular: Michael White. “Giordano Bruno”. Ediciones B Argentina, S.A., 2002.

Yo había solicitado, a cambio de 30,000 millas previamente acumuladas, el ascenso de clase en el vuelo AA 928 de Buenos Aires a Miami, con el fin de tener un espacio más cómodo que me permitiera dormir aunque fuera un par de horas (siempre he tenido problemas para dormir en los aviones) durante el largo recorrido aéreo de casi nueve horas de duración comenzando a la media noche.

Después de la cena, saqué la manta, la almohada, la máscara y me disponía a sacarle provecho a la clase ejecutiva; pero antes se me ocurrió (buscando un poco de sueño) echarle un vistazo a “Giordano Bruno”. Ya no me pude dormir. Michael White hace una trepidante narración de los últimos ocho años de la vida de Bruno, tiempo en el que este combativo, estudioso, pertinaz y obstinado filósofo italiano, tuvo que enfrentar a la inquisición veneciana (con un año de cárcel en el Palacio Patriarcal), luego a la inquisición romana, siete años de encierro en las ergástulas del castillo de San Ángel en el Vaticano, y finalmente la hoguera en el Campo dei Fiori, Roma, el 17 de febrero de 1600: Año del Jubileo, cuando fue “quemado vivo por el crimen de pensar”.

Demás está decir que ya no pude soltar el libro (o quizá al revés); pero no sólo eso, sino que ahora la imagen de Bruno ¡Me persigue! ¡Me persigue! ¡Me persigue!

Previamente yo había tenido un ligero conocimiento acerca de la tragedia de Bruno, pero no se me había ocurrido realizar una investigación más profunda. Después de la lectura del libro de White, he vivido el drama como que si hubiera ocurrido ayer, me he identificado con Bruno y me he interesado en buscar más información, principalmente en Internet donde he logrado identificar alrededor de unas mil páginas Web. Pero me pregunto: ¿Qué fue lo que hizo que yo me decidiera por ese libro? Y he llegado a la conclusión que el subtítulo me sedujo: “Giordano Bruno. El hereje impenitente”.

Indiscutiblemente Bruno era un peligro para la iglesia. No tanto para la fe, sino más bien para la institucionalidad; así lo percibió el representante personal del Papa, el padre inquisidor, cardenal Santoro di Santa Severina cuando al enterarse que el juicio veneciano contra Bruno había concluido se dirige por carta al Collegio dei Savii de Venecia solicitando que el hereje sea entregado al reverendo gobernador de Ancona, el cual lo escoltará hasta Roma. Escribe Severina: “Bruno no es un simple hereje, sino un líder de herejes, un organizador y un rebelde. Ha tenido trato con protestantes, es un monje apóstata que ha encomiado abiertamente a la reina hereje Isabel de Inglaterra y ha escrito obras

ocultistas que intentan minar la santidad de la Iglesia. Pido al Consejo que actúe con la mayor premura en este asunto”. La carta fue leída el 17 de septiembre de 1592. Desde entonces se produjo un forcejeo entre la Inquisición Romana y la Veneciana. Esta última quería conservar alguna imagen de independencia ante su ciudadanía, pero tampoco querían enemistarse con Roma. En enero de 1593 el Consejo decidió contratar al más famoso jurista veneciano de la época: Federigo Contarini, para que encontrara una salida a la peligrosa confusión política creada por el caso Bruno. Contarini no tardó mucho en resolver el problema. La maniobra legal de la que se valió se basaba en dos hechos obvios: Primero, Bruno no era ciudadano veneciano; había nacido en Nola, cerca de Nápoles en 1548, y por tanto no debía gozar de la protección de Venecia. Debo aclarar que Nápoles en ese momento de la historia estaba en manos de los reyes de la casa de Aragón, por tanto, políticamente Bruno había nacido español. Segundo, Bruno había estado vendiendo sus libros en Venecia sin pagar los debidos impuestos. Como complemento argumentó: “El acusado ha pedido con insistencia que se lo vuelva a admitir en el seno de la Iglesia y ha declarado su intención de solicitarlo directamente a Su Santidad. ¿Por qué debería impedir nuestro estado que lleve a cabo su deseo?”. Al día siguiente el prisionero fue encadenado y transportado a Roma donde lo esperaba una celda vaticana, cárcel de los inquisidores.

No se ha revelado nunca ningún documento sobre qué fue lo que sucedió con Bruno durante los primeros seis años de encarcelamiento. Lo más seguro es que fue torturado, desollado o quebrantado por medio del fuego, el acero, las cuerdas, el potro y los demás instrumentos de mutilación que los inquisidores usaban para obligar al hereje a repudiar sus opiniones o arrancarles una confesión; pues así lo indicaba el “manual del inquisidor” o “Sacro Arsenale”: “Si el reo niega las acusaciones y estas no son plenamente probadas y éste, durante el plazo que le ha sido concedido para preparar su defensa, no se ha exonerado de las imputaciones que resultan del proceso, entonces es necesario sacarle la verdad mediante riguroso examen”.

No se conoce ningún informe que relate las heridas de Bruno o las mutilaciones producto del “riguroso examen”, ni se sabe por qué no fue sino hasta pasados cinco años y once meses de su encarcelamiento en Roma que se le celebra alguna forma de juicio el 14 de enero de 1599. La congregación estaba formada por ocho cardenales: siete coadjutores y un notario oficial. Los miembros más poderosos e influyentes de esa congregación eran el ya mencionado Severina (quien tenía aspiraciones papales y se dice que incluso ya había seleccionado paradójicamente el nombre de Clemente) y el tristemente célebre Roberto Belarmino (quien se hizo famoso por haber dirigido el juicio contra Galileo).

Los expedientes de este primer juicio romano cuentan que fueron examinados todos los libros escritos por Bruno, así como las actas del juicio veneciano, lo cual había producido una larga lista de malvadas herejías, de las cuales se seleccionaron ocho consideradas como las más terribles. Infortunadamente, las actas no especifican cuales fueron estas ocho horribles herejías, ni se mencionan en las actas de las comparencias posteriores. Así es que todavía no se sabe oficialmente por cual o por cuales de las herejías es que Bruno fue quemado vivo.

En la segunda comparencia celebrada tres semanas después, las actas recogen el hecho que Bruno argumentó en contra de cada una de las ocho terribles herejías, pero no cuentan

qué fue lo que dijo. La conclusión de esta segunda comparecencia fue que se le dieron al prisionero cuarenta días más para que se retractara. Los cuarenta días se convirtieron en nueve meses de encarcelamiento y “rigurosos exámenes” adicionales. Parece que el problema era que los orgullosos teólogos Severina y Belarmino querían ganarle públicamente a Bruno la batalla intelectual, querían demostrarle que sus ideas eran pura fantasía, y este con su habilidad dialéctica y su profunda inteligencia no había permitido que le doblaran el brazo. Además que necesitaban contar con el aval del papa Clemente VIII quien se había mostrado reticente.

Contrario a muchos otros considerados herejes a los que el fuego torturador los hacía derrumbarse, Bruno soportaba el martirio, endurecía sus posiciones, se llenaba de terquedad y contraatacaba sin ceder ni un milímetro.

El 21 de diciembre de 1599 los inquisidores consideraron que ya estaba blando para un nuevo interrogatorio público. Esta vez había nueve cardenales, entre los que estaban Belarmino y Severina. Bruno volvió a pasar revista una por una de las ocho acusaciones. Al final se le preguntó si se retractaba, a lo que contestó: “No lo haré. No tengo nada a lo que deba renunciar, y tampoco sé a qué debería renunciar”.

Los cardenales estaban furiosos y solicitaron al papa que este diera el último paso. Asombrosamente, Clemente decidió probar con otro método. En vista que Bruno había sido fraile dominico, acordaron nombrar a los académicos, padre Hipólito María Beccaria, general de la Orden de los dominicos; y padre Paolo della Mirandola, procurador de la Orden, para que le señalen al hermano hereje punto por punto las posiciones de las cuales debía abjurar, de manera que pudiera reconocer sus errores y retractarse. El papa Clemente VIII también decidió enviar a su confesor personal, el cardenal Cesare Baronio para que persuadiera al hereje. Baronio era un intelectual que ya llevaba elaborados en ese tiempo como el 50% de los doce volúmenes que escribió en contra de la Reforma llamados “Annales Ecclesiastici”. Pero ninguno de los tres pudo persuadir a Bruno.

Todavía hubo dos comparecencias adicionales ante la congregación del Santo Oficio, los días 20 de enero y 8 de febrero de 1600 para que Bruno se retractara; pero este permaneció inmutable. En esta última fecha se leyó la sentencia, la que en parte dice:

“En el nombre de Nuestro Señor Jesucristo y de su Gloriosísima Madre la Virgen María en la causa y las causas instruidas ante el Santo Oficio entre, por una parte, el reverendo Giulio Monterenzi, doctor en leyes y procurador fiscal del susodicho Santo Oficio y, por la otra, el ya mencionado Giordano Bruno, el acusado, examinado, llevado a juicio y encontrado culpable, impertinente, obstinado y pertinaz, en esta nuestra sentencia final determinada por el consejo y la opinión de nuestros asesores los reverendos padres, maestros de la sagrada teología y doctores en ambas leyes, publicamos, anunciamos, pronunciamos, sentenciamos y te declaramos a ti, Giordano Bruno, hereje impenitente y pertinaz, por lo que has incurrido en todas las censuras y penas eclesiásticas del Santo Canon, las Leyes y las Constituciones, tanto generales como particulares, aplicables a los herejes confesos, impenitentes, pertinaces y obstinados. Y por considerarte como tal te degradamos verbalmente y declaramos que debes ser degradado en la totalidad de tus nueve órdenes eclesiásticas, tanto mayores como menores, en las cuales has sido ordenado, según la Sagrada Ley Canónica: y que debes ser expulsado, y por tanto te expulsamos de nuestro

foro eclesiástico y de nuestra santa e inmaculada Iglesia de cuya clemencia te has vuelto indigno. Además, condenamos, reprobamos y prohibimos todos los libros y escritos tuyos antes mencionados y cualesquiera otro como heréticos y erróneos, y ordenamos que todos los que hayan llegado o puedan llegar en el futuro a manos del Santo Oficio sean públicamente destruidos y quemados en la plaza de San Pedro delante de la escalinata y que sean puestos en el Índice de Libros Prohibidos, y como ordenado, así se hará”.

Bruno que había permanecido silencioso, alzando la voz, expresó: “El miedo que sienten ustedes al condenarme es más grande que el miedo que yo siento al aceptar la condena”.

Ese mismo día Bruno fue sacado de la congregación y entregado al brazo secular quien se iba a encargar de “degradarlo en su totalidad”.

En la sexta hora de la noche anterior a la degradación los confortadores de la Hermandad Misericordiosa de San Juan el Decapitado se reunieron en Santa Ursula y se dirigieron a la prisión de la Torre Nona donde se encontraron con dos padres de la Orden de Santo Domingo, dos de la Orden de Jesús y uno de San Jerónimo a quienes les fue entregado el fraile apóstata y hereje impenitente Giordano Bruno. “A este le mostraron su error con gran erudición y solícito celo, más él se mantuvo firme y persistió hasta el final en su maldita obstinación, dirigiendo su cerebro y su mente hacia mil errores y vanaglorias”.

A las cinco y media de la mañana del jueves 17 de febrero de 1600, día festivo en Roma, inició Bruno, cargado de cadenas y grilletes, su camino hacia la hoguera. Iba vestido con una túnica blanca que le llegaba hasta los tobillos en la que se había pintado la cruz de San Andrés en la parte delantera y diablos alzándose sobre las llamas en todo el alrededor. Una muchedumbre hostil convocada a “una quema judicial muy entretenida” por medio del folleto “Avvisi e ricordi” se apostaba a ambos lados de la vía por donde pasaba la lenta procesión. De la muchedumbre surgían gritos de provocación a los que Bruno respondía con citas de sus libros. La situación se prolongó por varios minutos hasta que los judiciales decidieron detener la marcha. Dos de los guardias sujetaron la cabeza de Bruno mientras otro con un alambre que cruzaba ambas mejías le atravesaba la lengua en forma horizontal. Con otro alambre le pasaron los labios de manera vertical simulando una cruz con el alambre anterior. Un chorro de sangre enrojeció la túnica del condenado habiendo salpicado a algunos de los hermanos confortadores.

La procesión llegó finalmente al Campo dei Fiori, lugar de la ejecución. En un rincón frente al Teatro de Pompeya se había colocado un robusto poste al que con gruesas cuerdas fue atado el condenado. No obstante las llamas, que prendieron rápidamente, los hermanos de San Juan el Decapitado todavía hicieron un último intento por salvar el alma del hereje. Uno de ellos trató de acercar un crucifijo en medio del fuego para que Bruno lo besara, pero este simplemente se limitó a voltear la cabeza. Después sólo se escuchó el crujir de la madera que se quemaba y los quejidos ahogados de este hombrecillo terco, obstinado y rebelde que en lucha desigual contra la Inquisición y toda la parafernalia burocrática de la Iglesia Católica de ese tiempo, defiende sus ideas aunque le cueste la vida de la manera más cruel. Cuando la hoguera hubo consumido el cuerpo de Bruno, los guardias recogieron los últimos restos y a punta de golpes de martillo los redujeron a polvo y las cenizas fueron esparcidas al viento. De esta forma, pensaba la Inquisición eliminaba para siempre las ideas, los conceptos y los pensamientos de Bruno. No lo consiguieron.

Mientras los nombres de Clemente VIII, Severina y Belarmino se disipan en el mapa de la historia. La imagen de Bruno se ha venido agigantando con el tiempo. El 17 de febrero de todos los años, miles de personas de diferentes partes del mundo inundan de flores la plaza romana Campo dei Fiori donde se levanta la estatua del héroe. Se pueden localizar en Internet centenares de sitios Web en todos los idiomas principales del mundo donde se analiza su personalidad desde diferentes enfoques: teológicos, filosóficos, científicos, mnemotécnicos, ocultistas, etc. Con su nombre se han bautizado centenares de sociedades, agrupaciones, proyectos. Incluso, el que se considera el cráter más reciente de la luna de 22 kilómetros de diámetro, producto del impacto de un asteroide de unos tres kilómetros de diámetro en el año 1178 D.C lleva ahora el nombre de Giordano Bruno. Algunos historiadores de la ciencia y de la filosofía no consideran que sus aportes en el campo de la astronomía y la cosmología sean tan significativos. El no era un científico riguroso al estilo de Galileo, por ejemplo, sino más bien un clarividente, un visionario y un original innovador que se apoyaba principalmente en intuiciones. Su legado a la humanidad es la del rebelde digno que heroica y sacrificialmente, con los recursos únicos de su palabra, su inteligencia y su voluntad, se enfrenta totalmente solo (nunca tuvo un abogado defensor) a una descomunal maquinaria de dolor y muerte. En ese sentido Bruno seguirá vigente hasta la consumación de los siglos.

Me detengo en esta parte del relato porque aunque los aspectos biográficos de Bruno son interesantes, no son sus estudios (ordenado sacerdote en Roma 1572, doctorado en teología 1575, doctorado en artes en Tolosa, Francia 1580), las peripecias de sus viajes por toda Europa, sus conferencias en las universidades, la gran cantidad de libros escritos en espacios reducidos de tiempo, las confrontaciones con los eruditos, las investigaciones acerca de las técnicas de memorización, sus conflictos con calvinistas y luteranos, etc, las que han motivado mi reflexión, además que tales detalles aparecen en el libro de Michael White o se pueden encontrar en la gran cantidad de sitios de Internet. Más bien pensé que en el proceso de escribir sobre Bruno, al entrar en su atmósfera, podría ir encontrando respuestas a algunas inquietudes que me surgen a partir de su dolorosa historia.

Nuestro héroe tenía fama de hombre de conocimientos universales, pero también de persona conflictiva y de sustentar las ideas más exóticas. Por eso fue que cuando solicitó permiso para radicarse en Frankfurt del Main, el senado de la ciudad rechazó su petición. Logró, sin embargo, refugiarse por algunos meses en un convento carmelita, cuando recibió varias invitaciones del noble veneciano Giovanni Mocenigo, para que radicara en Venecia y le enseñara las técnicas de aumentar el poder de la memoria a cambio de su protección. Era una trampa. Los amigos de Bruno lo sabían y le advierten. Sólo un loco aceptaría tal invitación, pero él decide ir. Cuando abandona Frankfurt para ir a Italia, no dio explicaciones a nadie. Sus amigos reaccionaron horrorizados. ¿En qué estaría pensando Bruno? ¿Crearía quizá que su tremenda confianza en sí mismo y el extraordinario concepto de su valía le permitirían hacer frente a los peligros reales que lo acechaban?

Aparentemente Bruno comete un tremendo error, pero digo aparentemente, porque noto que esta es una situación que se repite varias veces en la historia de otros hombres que a pesar del riesgo y no obstante ser advertidos del peligro deciden ir a enfrentarse con la muerte: Julio César, Gandhi, Luther King, Che Guevara, Sandino. ¿Habrá en todos ellos algún concepto mesiánico de sobrevivir a la historia y producir con su muerte algún efecto

de transformación social y humana? Es notablemente curioso que siempre en estas tragedias hay un traidor de por medio.

Encuentro, sin embargo, por otra parte, a hombres también sumamente inteligentes que como Renán afirman que no vale la pena morir por una idea. Más o menos en esta línea se encuentran: Leonardo que hasta inventó un lenguaje criptográfico para camuflar sus ideas y descubrimientos, Galileo que simuló retractarse y logró vivir más de ochenta años, Newton que nunca admitió haber realizado investigaciones sobre la tradición hermética o Copérnico que hasta que estaba a punto de morir autorizó la publicación de su libro “Sobre las revoluciones de las esferas celestes”. Pero Bruno no era así. Buscó el peligro, el reto y la controversia. No disimulaba su interés por la magia o el ocultismo donde pensaba que existía un caudal de sabiduría. Uno de los comentaristas que encontré en Internet (Cristián Gazmurri: Director del Instituto de Historia de la P. Universidad Católica de Chile), lo define así: “Rebelde, pendenciero, valiente, obstinado, imprudente, viajero incansable, erudito, inteligencia superior, pensador audaz pero contradictorio, científico precursor, mártir de la libertad y la verdad”. Y más adelante agrega: “Quien estudia la historia personal de Giordano Bruno, puede pensar, legítimamente me parece, que a sus múltiples cualidades y a su valor podría haber agregado la virtud de la prudencia y, de este modo, sin renunciar a dejar su herencia intelectual, salvar su vida. Las ideas de Galileo, más importantes que las de Bruno –a pesar de su famosa retracción- no murieron. Las de Bruno tampoco, pero fue quemado”.

No estoy muy seguro que las ideas de Galileo sean más importantes que las de Bruno. Quizá en su momento, cuando la objetividad científica producto de las investigaciones físicas y astronómicas se adecuaban más al paradigma de sistemas cerrados; pero no ahora, cuando el descubrimiento de las “estructuras disipativas”, la “teoría del caos” y el “principio de incertidumbre” eliminan el concepto de linealidad determinística y abren un abanico de posibilidades en todas las ramas del saber humano. En este sentido, Bruno es un pensador más universal y más importante que Galileo. La escritora Marilyn Ferguson (“La conspiración de Acuario”. Kairós. p. 28) reflexiona diciendo que: “Los nuevos paradigmas son casi siempre recibidos con frialdad, incluso entre burlas y con hostilidad. Sus descubrimientos son tachados de herejías. La nueva idea aparece a primera vista como rara, confusa incluso, entre otras cosas porque el descubridor puede haber efectuado un salto intuitivo, sin haber llegado a reajustar el conjunto de los datos. La nueva perspectiva exige un giro mental tan pronunciado que los científicos académicamente establecidos raramente llegan a darlo”. Bruno pensaba más en términos de imágenes que de lógica matemática.

El otro aspecto que capta mi atención en esta terrible tragedia de Bruno, es su capacidad para resistir el dolor. ¿Cómo hizo este enclenque hombrecito físicamente disminuido para soportar ocho años de encierro en las mazmorras de la Inquisición, en condiciones infrahumanas, sometido a vejámenes y torturas y mantener la lucidez mental hasta el último momento? El Castillo de San Ángel, prisión central de la Inquisición romana, no era cosa de juego. Estaba dividida básicamente en tres categorías de ambiente según los niveles de castigo. Para los culpables de crímenes relativamente leves contra la Iglesia, se reservaba la prisión ordinaria o de “muris largus”. Aquí los prisioneros podían reunirse para hablar e incluso recibir comidas del exterior. Para los culpables de crímenes mayores o de herejías extremas, se designaban los calabozos de régimen mucho más punitivo llamados “muris

strictus”. Bajo este régimen carcelario al que uno de los fundadores de la Inquisición, Bernardo de Gui, llama de “el pan del sufrimiento y el agua de la tribulación”, los prisioneros pasaban veinticuatro horas en solitario con una dieta de hambre que se pasaba por un agujero (al estilo de la película “El Conde de Montecristo”). Para los casos todavía más extremos de crímenes terribles contra la Iglesia, existían unas especies de “supermazmorras” llamadas “muris strictissimus” donde el prisionero permanecía encadenado de los tobillos y las muñecas. Bruno fue ubicado en la categoría de herejías extremas o de “muris strictus”.

En las experiencias con enajenados mentales que narra la psiquiatra soviética Olga Kharitidi (“El Círculo de los Chamanes”), hace notar que existen unos tipos de alienación donde los enfermos desarrollan fuerzas físicas más allá de las normales y una extraordinaria capacidad para resistir el dolor. Pero no creo que este sea el caso de Bruno, quien definitivamente no era loco (lo extraordinario es que no se haya vuelto loco), sino que, como dije antes, mantuvo todo el tiempo la lucidez mental y la capacidad de argumentación.

La ya citada Marilyn Ferguson (“La Conspiración de Acuario”) refiriéndose a la estrecha relación entre el poder de la mente y el estado físico, señala que “las endorfinas son tal vez también el mecanismo que nos permite expulsar de la mente todo aquello que no queremos sentir o en lo que no queremos pensar: la química del rechazo” (p. 172), y añade más adelante que “en el siglo dieciséis, Paracelso decía de los médicos de su tiempo, que solo conocían una pequeña porción del poder de la voluntad” (p. 319).

A la luz de estos y otros ejemplos, como “El Código del Samurai” (Daidoji Yizan): “Puesto que un samurai tiene que morir, su meta debe ser llevar a cabo alguna gran hazaña de valor que pueda asombrar igualmente a sus amigos y enemigos, y hacer que su muerte sea lamentada por su señor y comandante, dejando tras sí un gran nombre para las generaciones venideras” (p. 74), no es del todo improbable que en sus investigaciones sobre técnicas para incrementar la memoria, haya Bruno también descubierto “la química del rechazo” y “el poder de la voluntad” para vencer el miedo y controlar el dolor, de forma que en algún momento pudo decir: “Mucho he luchado. Creí que sería capaz de salir vencedor. Y tanto el destino como la naturaleza reprimieron mi celo y mi fortaleza. El mero hecho de haberlo intentado ya es algo, porque ahora veo que el conseguir alzarse con la victoria está en manos del destino. No obstante, había en mí algo que yo era capaz de hacer y que ningún siglo futuro negará me pertenece, aquello de lo que un vencedor puede enorgullecerse: no haber temido morir, no haberme inclinado ante mi igual y haber preferido una muerte valerosa a una vida sumisa”

R@S

1 de junio 2003